



## Día del Seminario

El lema de este año es muy apropiado para el momento que vivimos, y no menos para la fe que profesamos. Estamos cruzando el umbral de la esperanza; la humanidad camina sobre un endeble puente entre dos orillas —dos épocas— que cuelga sobre el abismo de la nada. Tanto el bien como el mal están adquiriendo una densidad que evidencia la adultez de esta humanidad. La responsabilidad sobre el mundo, sobre la sociedad, sobre el futuro, resulta ya agobiante.

Entre los bienes que escasean en este momento difícil, hay uno absolutamente imprescindible: *la esperanza*. La esperanza no es la utopía o sueño de futuro; la

utopía puede ser destructora para el presente que se rechaza y, además, para el mismo futuro que se proyecta sin cimiento. La esperanza es la persecución de un bien que aún no se tiene en plenitud, pero que se posee inicialmente, ya se ha experimentado, se sabe más que posible: real. Esa posesión actual se traduce en confianza, libertad, paciencia, lucha, alegría. Nace de un presente ya agraciado y se abre a un futuro de gracia en el que la libertad debe poner su esfuerzo.

La Iglesia siembra semillas de esperanza, para ella y para el mundo, cuando acoge y acompaña la vocación al sacerdocio que Dios pone en algunos bautizados, aun a costa de “perder” gran parte

de sus mermadas fuerzas en esa costosa tarea. La Iglesia sabe —los cristianos sabemos— que todas las vocaciones son importantes, pero la del ministerio apostólico es constitutiva, hasta el punto de que, sin ella, no puede hablarse de Iglesia de Cristo: *“De este modo, por su misma naturaleza y misión sacramental, el sacerdote aparece, en la estructura de la Iglesia como signo de la prioridad absoluta y gratuidad de la gracia que Cristo resucitado ha dado a su Iglesia.*

*Por medio del sacerdocio ministerial la Iglesia toma conciencia en la fe de que no proviene de sí misma, sino de la gracia de Cristo en el Espíritu Santo” (PDV. 16, 6).* Por eso no busca sucedáneos ni sustitutos

a este ministerio; si hay sequía, se siembra y se pide la lluvia; y si la lluvia no llega, se vuelve a pedir y a sembrar con más intensidad; sabemos que uno siembra, otro riega y sólo Él da el incremento. Confiamos en su amor fiel.

Semillas de esperanza que lo serán también para el mundo. Hombres capaces de dar razones para una esperanza contra toda esperanza, atestiguando oficial y personalmente que Cristo ha resucitado y que ningún esfuerzo humano caerá en el abismo del olvido.

*Lorenzo Trujillo, Rector del Seminario*

